

Capítulo LI.

Descubrimiento de la Trinidad.

Fundado en los conocimientos que había adquirido, renunció Colón en su tercer viaje á tomar el rumbo que había seguido en el primero, y se encaminó hácia el cabo de las Islas Verdes con el objeto de investigar hácia el Sudeste, hácia la zona equinoccial, virando despues al Occidente, para llegar á la Española á favor de los vientos constantes que reinaban en aquella parte del Océano.

En sus anteriores viajes, y sobre todo al costear al Sur de Cuba, observó que se extendía más hácia el Sur, y de este dato, y de los informes que había adquirido, dedujo que había al Mediodía de los países descubiertos una gran extension de tierra firme.

Pensaba Colón con este motivo que cuanto más se acercase al Ecuador, la influencia abrasadora del sol le proporcionaría en los países que descubriese productos fecundizados por su vivificante luz y piedras preciosas, idea en que le confirmó una carta que de orden de la reina le había escrito Jaime Ferrer, inteligente lapidario, que había visitado, en busca de piedras y metales preciosos, el Levante, varios parajes del Oriente, y conversado con los mercaderes de Asia y Africa.

Este artífice aseguraba á Colón que el oro, las piedras preciosas y las especias se hallaban particularmente en las regiones de la zona equinoccial, razón por la cual no las encontraría en abundancia hasta explorar aquellas latitudes.

Caminando hácia el Sur pensaba el almirante que realizaria su propósito.

A poco de abandonar el puerto supo que una escuadra francesa cruzaba á la sazón por el cabo de San Vicente.

Desde el punto en donde estaba se dirigió á las islas de Puerto Santo y Madera, donde tomó leña y agua en abundancia, y prosiguió su viaje á las Canarias.

El 19 de Junio llegó á la Gomera, y el 21, dividida su escuadra, envió tres buques directamente á la Española con provisiones y noticias suyas para sus hermanos.

El mando de uno de ellos lo confió á Alonso Sanchez de Carvajal, marino intrépido y honrado, natu-

ral de Baeza, que le había sido muy recomendado por Inés, por haber sido uno de los mejores amigos de su esposo Beltran.

El mando del segundo buque lo confió á Pedro de Arana, pariente de su esposa doña Beatriz, y primo del Arana que pereció en la fortaleza de la Navidad sorprendido por Caonabo.

El mando del tercero lo dió á Antonio Colón, su pariente, y dispuso que mandasen alternativamente, por semanas, cada uno de ellos.

Se despidió de ellos, y con los otros tres bajeles que le quedaban prosiguió su viaje al cabo de las islas Verdes.

Al llegar á los trópicos, la variación del clima produjo en el almirante un violento ataque de gota, seguido de calentura.

No por esto dejó de hacer diarias observaciones y de dirigir el movimiento de la pequeña escuadra.

Permaneció algunos dias á la vista de las islas Verdes, cuya esterilidad le aterró, y el 5 de Julio se puso en marcha hácia el Sudoeste, con ánimo de llegar hácia la zona equinoccial.

El aire no era favorable, y las embarcaciones estuvieron dos dias á la vista de la isla de Fuego.

Prosiguiendo al Sudoeste, recorrió unas ciento veinte leguas, y el 13 de Julio se encontraba en el quinto grado de latitud Norte.

Penetró en la region conocida por los marineros con el nombre de latitudes calurosas.

Los vientos constantes del Sudoeste y del Noroeste

te producen allí una gran calma, y el mar parece una balsa de aceite, y mientras las nubes permanecen inmóviles, los que van á bordo sufren las consecuencias del calor que produce un sol que cae sobre ellos á plomo, sin que el más leve soplo de la brisa venga á facilitar su respiracion.

Los marineros, lo mismo entonces que hoy, temen entrar en este espacio del Océano, porque á veces tienen que permanecer semanas enteras en aquella inmovilidad, que asemeja á la muerte.

Ocho dias tuvo que permanecer Colón allí.

No se respiraba aire, sino fuego.

La breva se ardia.

Las junturas de los buques se abrian.

La carne salada se estropeó.

El trigo se quemó.

Los barriles de agua y de vino reventaron unos y se vaciaron otros.

Natural era que se agravase la dolencia de Colón en aquel clima.

Por fortuna se levantó una ligera brisa.

Pero los buques estaban muy estropeados, las provisiones escaseaban, y tuvo Colón que renunciar á su propósito para tomar el rumbo del Occidente, á fin de hallar pronto tierra.

Sin embargo, trascurrieron muchos dias sin que se realizasen sus esperanzas.

El estado de los tripulantes era tan lastimoso, que deseando Colón encontrarse en la longitud de las islas Cambes, viró al Norte para detenerse en alguna

de ellas, reparar los buques y encaminarse en seguida á la Española.

Llegó el día 31 de Julio.

No se veía tierra ni síntomas de hallarla pronto.

Al amanecer no quedaba más que un barril de agua en cada buque.

La ansiedad de los marineros era horrible.

La situación de Colón sólo nuestros lectores, que la conocen ya, pueden comprenderla.

El agua estaba más defendida que el oro en las ciudades modernas.

A cosa de las doce de la mañana un marinero, llamado Alonso Perez, que se hallaba en las gavias, descubrió en el horizonte las cumbres de tres montañas.

—¡Tierra!... ¡Tierra!—gritó.

Al oírle, los tripulantes se animaron.

Las embarcaciones avanzaron, y Colón observó que las tres montañas se unían en su base.

Aquellas tres montañas, unidas en una, impresionaron á Colón.

Instantáneamente pensó en la Trinidad, y bautizó á aquella isla con el nombre que conserva en el día.

Capítulo III.

Impresiones de viaje.

Los achaques que padecía Colón y el deseo de llegar pronto á tierra, le hicieron dirigir la proa á la isla, y llegó á su extremo occidental, al que dió el nombre de puerto de la Galera, por tener una roca que desde lejos parecía un modelo de esta clase de embarcaciones.

Buscó desde luego un sitio seguro donde echar el ancla, y necesitó andar algunas leguas sin hallarle.

Al siguiente día, 1.º de Agosto, continuó navegando por la costa en busca de agua.

El paisaje que se presentó á sus ojos le sorprendió y le deslumbró.

Creía, por hallarse cerca del Ecuador, que los rayos vivificantes del sol tendrían abandonadas aquellas campiñas.

Y sin embargo, se presentaron á su vista arboledas espléndidas, palmeras elevadas y lozanas, ricas selvas, cuyos últimos árboles parecían bañar sus ramas en el mar.

Aunque las costas eran bajas, en el interior se elevaba el terreno y se descubrían de trecho en trecho pintorescas aldeas, y sembrados que revelaban el trabajo del hombre.

Sin embargo, las playas estaban desiertas y no se veía un alma viviente en torno de las habitaciones campestres.

Era tan suave la temperatura de que allí se gozaba, tan risueños los horizontes que se descubrían, que parecía á los tripulantes, segun cuenta un historiador de la época, hallarse en medio de la deliciosa vega de Valencia durante la estación de la primavera.

Creyendo haber hallado un paraje ménos peligroso que los demás para la seguridad de los navíos, envió los botes á tierra á fin de que los marineros se abasteciesen de agua, y éstos volvieron sumamente contentos despues de haber hallado un cristalino y abundante arroyo.

No tardó Colon en comprender que el paraje que habia elegido ofrecía poca seguridad para los buques, y quiso á toda costa hallar algunos naturales del pais para tomar informes.

Las tentativas fueron inútiles.

Los naturales del pais huían amedrentados al ver acercarse los buques.

Fué necesario partir, y no habia andado mucho trecho cuando descubrió Colon hácia el Sur una porcion de tierra que se extendía á una distancia de más de veinte leguas.

Suponiendo que era una isla, la dió el nombre de isla Santa.

A pesar de sus grandes conocimientos geográficos, el atraso que estaba por entonces la ciencia le impidió comprender que aquella era la tierra firme que tanto habia ambicionado.

Pero los desengaños que habian sufrido sus anteriores creencias le obligaron á no ver más que sombras donde estaba la luz (T).

Continuó el almirante la investigacion al Sudeste de la Trinidad, y dió á su cabo el nombre de Punta del Arenal.

A un extremo próximo, formado por una elevada roca que habia en el entro, dió el nombre de *Paso del gigante*, y cerca de él dispuso que se colocaran los buques.

Por la primera vez descubrió en aquellos mares una gran canoa, en la que navegaban veinticinco indios de diferente aspecto de los de las islas que hasta entonces habia descubierto.

Uno de los tripulantes de esta canoa, al llegar á cierta distancia del bajel de Colon, le saludó en un dialecto que no pudo comprender ninguno de los que iban á bordo, ni aun el mismo Diego, que nunca abandonaba á su amo.

Era necesario recurrir á ese idioma universal, á

la mímica, que facilitó á los viajeros que se encuentran en las comarcas desconocidas los medios de ponerse en comunicacion con las razas que hablan idiomas completamente desconocidos para ellos.

Se trataba de catequizar á los moradores de aquella isla, y Colon pensó desde luego que la oferta de regalos les haria comprender que no eran enemigos los que iban á visitarlos, los tranquilizarian y les impulsarian á acercarse al bajel; en cuyo caso nada más fácil que entenderse con ellos por medio de signos.

Mandó que algunos marineros se acercasen á las galerías de las embarcaciones, enseñando á los indios vasijas de metal, espejuelos y cascabeles.

Los que ofrecian á su vista estos objetos se deshacian en gestos brindándoselos.

Pero los indios, á quienes no habia llevado más que la curiosidad, realizaban su deseo, y aunque á corta distancia del buque dieron la vuelta alrededor de él para observarle con silenciosa admiracion.

Al fin se detuvieron y permanecieron largo rato contemplando aquella maravilla desconocida para ellos.

Pero recelosos, no abandonaban los remos ó canaletes, y estaban prontos á ponerse en precipitada fuga en cuanto descubrieran la menor señal de hostilidad.

Aquellos indios eran jóvenes, de bellas formas y de un color mucho más claro que los que hasta entonces habian visto los españoles.

Negra y poblada cabellera coronaba su cabeza, sobre la que tenian una especie de banda ó redecilla de algodón.

Sobre los hombres, á manera de capa, llevaban telas de colores variados.

Todos ellos parecian guerreros, é iban armados con flechas y arcos.

Las flechas estaban adornadas con plumas, y formaban sus puntas afilados huesos.

Tambien, por la primera vez, vieron los españoles en poder de los indios una pieza muy parecida á la que usaban para completar su armadura: los escudos ó broqueles.

Deseando á toda costa enterarse por ellos del nombre del país en que habitaban y de las circunstancias especiales que le constituian, mandó Colon echar al agua un bote para que se acercáran algunos soldados.

Apenas notaron la maniobra se alejaron rápidamente, y para que no se fueran hubo necesidad de mandar suspender aquella operacion, con lo cual, tranquilizándose los indios, fueron acercándose al bajel, y continuaron en su silenciosa contemplacion.

¡A qué pequeñeces tienen que recurrir los grandes hombres para realizar su deseo!

El héroe inmortal, el genio que más tarde habia de recibir un verdadero culto de los generaciones futuras, llevó á cabo una idea pueril para ver si lograba seducir á los indios.

Sabia por experiencia cuán dados eran todos los

habitantes de aquellos países á la danza y á la música.

Estos dos espectáculos ó diversiones constituían los principales rasgos de su religion, y pensó el almirante que ofreciéndoles una muestra más esplendorosa de aquel espectáculo, lograría que se acercasen más al buque, y hasta que subiesen á bordo.

Dispuso que los músicos que llevaba consigo subiesen sobre cubierta y ejecutasen algunas piezas de música, mientras que un marinero andaluz cantaba y algunos otros danzaban en torno suyo.

Apenas llegaron á oír de los indios los acordes de la música, el acento del canto, vieron los movimientos y contorsiones que hacían los bailarines, tomando aquellos cantos y aquella danza por hostilidades, levantaron los escudos, empuñaron los arcos, y no tardó en caer, á poca distancia de la carabela, una lluvia de flechas.

El sainete estuvo á punto de convertirse en tragedia.

No convenia aparecer tímidos á los ojos de los indios, y dispuso Colón que dos ballesteros contestasen á las flechas con sus ballestas, y no tardaron en obligar á huir á los indios, los cuales, al llegar á la playa, corrieron á refugiarse en los bosques, dando fin de este modo á aquella escena completamente dramática.

Capítulo LIII.

Descubrimiento del Golfo de Parías.

No había pasado media hora desde la escena que acabo de referir, cuando una nueva canoa, en la que sólo iban cuatro ó cinco hombres de los que poco antes habían huido, se acercó majestuosamente hasta una de las carabelas, y el que hacia de jefe habló con el piloto.

No pudieron entenderse; pero obedeciendo las órdenes que había dado Colón, les hizo el marino varios regalos, que les pusieron muy contentos, dando á entender con su fiscomía la gratitud que experimentaban por aquel agasajo.

El piloto quiso apoderarse á toda costa de aquellos indios para conducirlos á bordo del buque de Colón y realizar su deseo de interrogar á los habitantes de aquel país; y al efecto apenas fué invitado por los indios á saltar en tierra, manifestó acceder á sus deseos.